

**Q**UINCE fusilados el 9 de septiembre en las afueras de Kampala, un guillotinado el día 10 en una prisión de Marsella, otros dos ejecutados el día 11 en Estonia son contravalores equivalentes. No lo son la víctimas. Las víctimas de Idi Amin estaban acusadas de un complot para derrocar al Presidente vitalicio y pueden tener a los ojos de la sociedad universal el respeto que se debe a aquellos que han luchado contra un tirano de la peor estirpe. No hay, por otra parte, ninguna seguridad de que su juicio haya sido ni siquiera decente, ni ninguna confianza en la validez del "código" que ha servido para la sentencia, difundido por Radio Uganda: "El Presidente vitalicio Idi Amin ha advertido que cualquiera, sea ministro, oficial de seguridad de alto rango o civil, que se comprometa en actividades contra Uganda está cometiendo un suicidio". Suicidio al que es de valiosa ayuda la escuadra de fusileros del tirano.

La víctima de lo que representa Giscard d'Estaing puede tener toda la repulsa de la sociedad. El joven tunecino Hamid Djudubi estaba convicto de asesinato, precedido de torturas, de una joven de veintidós años, de violación a otra, de torturas a otras tres. Ha estado rodeado de todas las garantías judiciales, y en el juicio se ha visto cómo este hombre tenía un carácter apacible, estaba acreditado como "dulce y trabajador", hasta que en 1971 le fue amputada una pierna como consecuencia de un accidente de trabajo; a partir de entonces, las drogas para evitarse los dolores, el alcohol, habían transformado su carácter y le habían convertido en un enfermo mental. Había tenido derecho a psiquiatras que lo explicaron, a abogados que le defendieron, en un país donde el ministro de Justicia, Alain Peyrefitte, acaba de publicar un informe —"Respuestas a la violencia"— contra la pena de muerte: "un país evolucionado no puede admitir indefinidamente la pena de muerte". Y, sin embargo, en Alemania Federal —un país especialmente evolucionado— se lanza una campaña para restablecer la pena de muerte, en los Estados Unidos se ha reemprendido después de una suspensión.

Todas las víctimas de la pena de muerte son homologables en un solo momento: en el de su ejecución. Toda su trayectoria, toda su vida, toda su bio-

Uganda, Marsella, Estonia

## EJECUCIONES



Los quince fusilados de Kampala —maestros, hombres de negocios, funcionarios— tuvieron derecho a la muerte antigua: ante la multitud. En la foto, el Presidente ugandés Idi Amin en el momento de firmar las sentencias de muerte.

grafía pueden ser esencialmente distintas. En el momento en que se les entrega al piquete, a la argolla del garrote o al filo de la guillotina, son siempre víctimas. Tampoco es una cuestión de cantidad: lo mismo da quince en Kampala que uno en Marsella. Es el acto lo que cuenta. Y la mano que ha puesto la última firma, la última conformidad a la sentencia, puede ser la de Idi Amin o la de Giscard: las dos son negras, las dos son blancas. Las dos son iguales.

Los quince fusilados de Kampala —maestros, hombres de negocios, funcionarios— tuvieron derecho a la muerte antigua: ante la multitud. No hace todavía mucho tiempo que se mataba así en Europa: por el ejemplo. Fue así, en público, como Kappler —hoy fugado de Italia y acogido en la República Federal Alemana— fusiló a tres centenares de italianos revestidos de una forma peculiar de la delincuencia: la calidad de rehenes, que respondían de actos realizados por otros con los que nunca tuvieron relación. La

muerte pública tenía ejemplaridad. En la vieja España había costumbre de que los padres llevaran a los hijos a las ejecuciones, y les abofetearan fuertemente en el momento en que se mataba al condenado: para que sintieran ellos también una parte del dolor y recibiesen así más directamente el mensaje de la sociedad.

Hace años que en Europa se suprimió la publicidad de las penas de muerte. La de Marsella se ha realizado con todo el hipócrita sigilo correspondiente: al amanecer, en la prisión de Les Beaumettes, con sólo los testigos que marca la ley. Podía haberse reunido, por la cuestión de la ejemplaridad, a un número de trastornados, de enfermos por drogas y alcohol, de seres quizá apacibles convertidos en fieras por el sufrimiento, para que recibieran la ejemplaridad. Pero ésta se transmite por otras vías en las sociedades más evolucionadas: por la prensa, la radio o la televisión. Nunca, naturalmente, surte efecto.

La hipocresía de Idi Amin ha revestido caracteres más toscos. Ha fingido que estaba en

coma. Dos días antes de la fecha de la ejecución, se "infiltraron" noticias de que Amin, operado en el hospital de Mulago, había entrado en coma. La operación, al parecer, ha sido cierta: un cirujano soviético le ha extirpado un lunar del cuello. El coma nunca ha existido. Ha sido el subterfugio para no responder a las peticiones de clemencia que le llegaban —la del Presidente Omar Bongo, del Gabón, Presidente por turno de la Organización de Unidad Africana— y poder explicar después que no pudo intervenir por hallarse en coma. Es su habitual estilo. En cuanto al Presidente Giscard, recibió las peticiones acostumbradas de las asociaciones que luchan contra la pena de muerte, pero no tuvo necesidad de hacer ninguna ficción: ha explicado, como en otras ocasiones —es la tercera ejecución que se produce bajo su mandato—, que un Presidente no puede hacer lo que realmente desearía, y que debe cumplir con su penoso deber.

Mientras, en Pakistán y en Arabia Saudita se restablecen los castigos corporales: ya se corta, otra vez, la mano derecha de los ladrones. Si reinciden, también la mano izquierda.

¿Un retroceso en el mundo? Ciertamente, también en este caso, como en el de la violencia general de nuestra época, puede responderse que cualquier tiempo pasado fue peor, y que año tras año, aun con estos saltos atrás, la pena de muerte va perdiendo terreno en el mundo. Pero el proceso, el progreso, son muy lentos. Aún hay algo en la sociedad moderna que induce a este género de castigo que finalmente se vuelve contra quienes lo aplican, desde el punto de vista moral.

Las discusiones planteadas en Francia, con este motivo, acerca de la pena de muerte, no incluyen nada nuevo. Los argumentos son los mismos de siempre, y se escuchan una y otra vez. Quizá tenga interés una encuesta estadística que relaciona los partidarios de la pena de muerte con la derecha, los abolicionistas con la izquierda. Tampoco es nada nuevo, y está relacionado con la filosofía de estas ideologías y con la noción de defensa de la propiedad. ■

Ver en páginas 64-67:

"Contra el fascismo chileno"; "Panamá: bases legales, perpetuidad fechada"; "El testamento de Leopoldo Aragón".